

las rajaduras
que hay en la lengua
de las personas

Jurado

JOSÉ PRATS SARIOL
MARIO ARTECA
DAMARIS CALDERÓN
JAVIER MARIMÓN
PABLO DE CUBA SORIA

Mención I Premio Editorial Casa Vacía - Poesía 2021

las rajaduras
que hay en la lengua
de las personas

MAURO A. FERNÁNDEZ



Edición: Javier L. Mora

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Ilustración de cubierta: *S/T*, de Adrián De Rosa (2020)

© Mauro A. Fernández, 2023

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2023

www.editorialcasavacia.com

[casavacia16@gmail.com](mailto:cavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

“[...] EL/ POEMA ES UNA MENTIRA GRANDE como/ una casa una casa que cuelga de un/ abismo con todo lo que eso tiene de/ leve de sucio de impostado de necesario”, se dice en un momento de *las rajaduras que hay en la lengua de las personas*. Y es cierto, eso es un poema, al menos un poema de Mauro A. Fernández (MAF). Que además es muchas otras cosas. ¿Cuáles? Difícil dar cuenta de lo que encuentro en esta poesía. Puedo nombrar, para ir aproximándome, a Juan Gelman, la zona más lúdica de su obra, o al Montale mordaz y desencantado de *Satura*, o a algunos poetas norteamericanos como Robert Creeley. O a varios argentinos, coetáneos de Fernández, de lo que se llamó “poesía de los noventa”: tono conversacional, actitud resuelta y plebeya, atención hacia la “vulgar” realidad cotidiana, vocación desmitificadora, negativa a cualquier idealización. Algo de todo eso hay, pero no alcanza, lo que así y todo queda afuera es mucho, tal vez lo más importante.

De lo que puedo hablar bien, en todo caso, es del hallazgo que para mí fue la poesía de Fernández.

Grande el hallazgo, e inesperado, porque fue el solo encuentro con los textos, limpio de cualquier consideración previa, lo que me ganó. Mauro A. Fernández había sido hasta ahí un autor de posteos en Facebook que me gustan mucho —entre otras cosas, por su tratamiento de las formas de estupidez en las que solemos enrollarnos los humanos—, pero no sabía que escribe poesía. Casi nadie sabe que escribe poesía en realidad, aunque publicó un libro en 1993 y tiene un montón de poemas en antologías y blogs. Casi nadie, quiero decir, dentro de la tribu de quienes suelen escribir poesía y escribir sobre ella, porque MAF, a diferencia del 99 % de quienes nos ocupamos de esas cosas, no se ha interesado en hacerlo notar. No es que le falten contactos con otros poetas, pero no forma parte del “ambiente”, probablemente porque parece interesarle mucho más escribir poesía que “ser poeta”, y tal vez de ahí provenga eso que en su propuesta hay de singular e inepta para el encasillamiento.

Puedo decir también que a esa poesía la disfruto. Tiene gracia, inventiva, audacia y mucho humor. Es, por lo general, un humor desconfiado, y entre lo sometido a desconfianza está, además de todo lo que se presenta ante los sentidos y el intelecto, la palabra del poeta. ¿“Antipoesía”? No como la entienden las simplotas fórmulas de Nicanor Parra, sino un salirse de la figura de “el poeta”, de su tendencia a sentirse importante. Como si bajo cada trazo de esa escritura

acechara una prevención socarrona ante el hecho mismo de escribir poesía y el impulso de escribirla siguiera adelante por sus propias razones, haciendo de eso una virtud, una fuente de productividad poética. Si MAF apuesta, o así lo leo, a que nunca lo tomen del todo en serio, es porque no tomar las cosas en serio puede ser una de las mejores maneras de tomarlas en serio, como bien saben los mejores humoristas, y poca poesía conozco que se tome más en serio las cosas que la de este libro.

“Dejémonos de joder” es, en el repertorio coloquial argentino, un llamado a tomar las cosas en serio, un reclamo de responsabilidad. “No me jodas”, se requiere en el poema XIV, y es un poco el principio básico: un “basta de cháchara” o “basta de facilismos”, o “no me tomes por tonto”. Que la mente del lector esté siempre despierta. “La poesía ha venido a dar trabajo”, dice el poema XI, y es un trabajo gozoso, como una invitación a bailar: si no se lo entiende como una ocasión de disfrute, no funciona. No quiere lectores crédulos esta poesía, quiere lectores con ganas de poner en juego sus capacidades. Poesía como dispositivo crítico, no de tal o cual cuestión, sino en tanto postura ante la realidad y en tanto estilo de escritura. Buscar decir las cosas de la manera menos solemne u oficialmente “literaria” no tiene nada que ver, en este caso, con banalizar, ni con la pose de rebelde.

Descontracturado, MAF simula escribir desde una espontaneidad “adolescente” o “callejera” que no es

cierta pero sirve para mostrar que el emperador está desnudo. Y de la exacerbación del sentido común hace un instrumento crítico más afilado que el mejor bisturí, si por sentido común entendemos una sensatez radical, materialista y antidelicante. Una sensatez afincada en la vida concreta, opuesta a cualquier charlatanería o imposición de saber, y que, sin embargo, no se priva de cierta especulación arrojada: “cómo la polenta va a ser/ nada más que polenta. ¿ves? no sería/ aceptable para el alma humana que algo/ fuera lo que parece ser o que fuera lo que/ parece su puro nombre decir sobre eso”.

A su manera, esta poesía es una reflexión sobre, por así llamarlo, “el ser de las cosas”. Qué son o qué serían las cosas, cómo en realidad son o tal vez podrían ser, qué implican, qué suscitan (incluidos, entre “las cosas”, las ideas y los conceptos). Hipotetizar, conjutar y, sobre todo, ver y considerar eso que se ve. Escribir es poner en marcha, por un lado, una gran curiosidad, un interés hacia todo lo que forma parte de la vida, y, por el otro, un pensamiento que no se conforma con nada, aunque a veces celebre sus hallazgos, mientras busca rincones inesperados donde indagar. Desconfianza y curiosidad: “digo que nada pero nada/ merece ni ha merecido nuestra confianza”, avisa ese minimanifiesto que es el poema VIII, el que da título al libro, en contrapunto con una curiosidad ávida, unas ganas de volver a considerar todo y en especial las relaciones de los

humanos con el mundo, lo que tienen de incierto o engañoso, pero también de atractivo, de convocante.

No hay cuestiones superiores ni inferiores, ni más vulgares ni más sublimes, todo merece atención, todo importa por sí mismo o por lo que podría ser, o en tanto analogía de alguna otra cuestión o disparador de pensamiento: la foto en el perfil de Facebook de una chica, el acto de doblar camisas, las diferencias entre un caballo y una mesa, el sonido de las campanas, el caer de una gota, y también la mortalidad, la intuición, la tecnología, lo contradictorio, lo invisible, el amor, el decir. O la posibilidad del decir, o los alcances del lenguaje, algo que tanto tiene que ver con la imposibilidad de decir como con la necesidad de decir, incluyendo una obsesiva discusión en torno de una eventual arte poética: “casi lo único que/ (la poesía) le dice al lector es si podés leeme”.

¿MAF escribe para que el lector pueda vivir esas experiencias, hacer esos “ejercicios espirituales”, por así llamarlos? Sí, y también, y probablemente más, lleva a cabo esas operaciones para, en ese impulso, producir escritura poética. Que, una vez materializada, quede ahí, a la vista de quien quiera y pueda, para que la despliegue en su propia lectura como quiera y pueda. Pensar es escribir, o, para decirlo mejor, escribir sería lo que importa, como quería Mallarmé (“todo en el mundo existe para acabar en un libro”). Poesía jugada, que se juega y que juega: pensar es jugar con el pensamiento, y escribir es jugar con las palabras.

Es un juego amoroso el de MAF con las palabras: “poner estilo al caos”, dice, citando a Pasolini. Si habla de la “potásica erguidumbre” de la banana, si el café es “líquido ámbar”, si la piel de un caballo “se mueve como ola eléctrica y espesa”, si alegremente adopta “incorecciones” del habla popular argentina (“amariyo”, “garpa” por “paga”, “estea” por “esté”, “masomenos”), si en vez de “miedo” escribe “miedito”, si el poema LXXVIII está escrito en octosílabos, si el LXXXIII se demora en la descripción del agua tornasolada del arroyo, es por puro placer de hacer uso de la materia verbal, o esa es la sensación que uno tiene en la lectura, así de placentera. Que lo que viene en la escritura nunca sea previsible, que siempre aporte algo a la necesidad de extrañeza y de saboreo de las múltiples dimensiones de las palabras, como se disfrutan las frases musicales, la armonía, los silencios y los acordes en una escucha musical, o la combinación de sabores, texturas, olores y colores en un plato a degustar.

Eso, el disfrute en el encuentro con el existir de las palabras es, creo, el principal logro que busca Mauro. En todo caso, es lo que más le agradezco, porque es un disfrute superior, complejo, revitalizador, des pertante, en el que el lector pone en juego sus mejores posibilidades si asume el desafío. Vivir el placer con que la escritura va concretándose, sustanciosa, y lo que, en el disfrute de ese placer, va encontrando o inventando y poniendo en marcha ese ejercicio, a la

vez lúdico e intelectual, realista y fantástico, revelador e inquietante, que suele ser, en muchos de los mejores casos, la lectura de poesía.

DANIEL FREIDEMBERG

I

estás haciendo una pregunta
cualquiera que no es cualquiera
está entre las pocas preguntas
que podés hacer que no son todas
todo es así de casual y pobre y
descontrolado mas no queda otra
que hacer algo con esa pregunta
tirarla o negarla o apuntarla es
hacer algo refinarla o engordarla
o callarla: poner estilo al caos

II

cuando estás diciendo te amo
o decís son las cuatro y media
la baba patina en tu lengua que
no es carne sino un aliento rojo
feroz mojado que no puede
secarse ni quedarse blanco.
echás ese aire ahora soplás
como dándole forma a una
botella justa que guardara
el pasado que hubo a las cuatro
y media cuando estaba
la lengua mojándose afuera

III

es como lo que decían que era
el alma, la voz. como un aire
un poco más denso que sin parar
sale del cuerpo y se vuelve ajeno.
mucho más difícil quel cuerpo
porque el cuerpo nunca se deja
estar, se agarra un palo y ya está:
tu brazo es más largo. pero cómo
hacés para que la voz llegue al
medio del río y toque la hoja que
flota ahí y vuelva tu voz mojada
de hoja y sea la misma tuya voz

IV

lo que hace ajena a la voz es su falta, la imposibilidad de decir lo que haría falta. la falta que le queda a la voz es, sin embargo, la posibilidad del arte. un modo de la desesperación, una manera que insiste en decir lo que no se puede decir. algo que da vueltas en la forma, en el modo. cuide su modales, a mí no me venga con eso, usté tenga cuidado me venga con eso usté, tenga cuidado en el modo. cuide su modales, a mí no. decir algo que da vueltas en la forma, que insiste en decir lo que no se puede. modo de la desesperación, una manera, sin embargo la posibilidad del arte. una falta, la falta que le queda a la voz es. la imposibilidad de decir. lo que haría, lo que hace ajena a la voz es su falta

ÍNDICE

“[...] *el/ poema es una mentira grande como...*” / 7

I / 15
II / 16
III / 17
IV / 18
V / 19
VI / 20
VII / 22
VIII / 23
IX / 24
X / 25
XI / 26
XII / 28
XIII / 30
XIV / 31
XV / 32
XVI / 33
XVII / 34
XVIII / 35
XIX / 36
XX / 37
XXI / 38
XXII / 39

XXIII	/ 40
XXIV	/ 41
XXV	/ 42
XXVI	/ 43
XXVII	/ 44
XXVIII	/ 45
XXIX	/ 46
XXX	/ 47
XXXI	/ 48
XXXII	/ 50
XXXIII	/ 51
XXXIV	/ 52
XXXV	/ 53
XXXVI	/ 54
XXXVII	/ 55
XXXVIII	/ 56
XXXIX	/ 57
XL	/ 58
XLI	/ 59
XLII	/ 60
XLIII	/ 61
XLIV	/ 62
XLV	/ 63
XLVI	/ 64
XLVII	/ 65
XLVIII	/ 66
XLIX	/ 67
L	/ 68
LI	/ 69

LII	/ 70
LIII	/ 71
LIV	/ 72
LV	/ 73
LVI	/ 74
LVII	/ 76
LVIII	/ 77
LIX	/ 78
LX	/ 79
LXI	/ 80
LXII	/ 81
LXIII	/ 82
LXIV	/ 83
LXV	/ 84
LXVI	/ 85
LXVII	/ 86
LXVIII	/ 87
LXIX	/ 88
LXX	/ 89
LXXI	/ 90
LXXII	/ 91
LXXIII	/ 92
LXXIV	/ 94
LXXV	/ 95
LXXVI	/ 96
LXXVII	/ 97
LXXVIII	/ 98
LXXIX	/ 99
LXXX	/ 100

LXXXI	/ 101
LXXXII	/ 102
LXXXIII	/ 103
LXXXIV	/ 104
LXXXV	/ 105